

ALFAGUARA

Erick Blandón Guevara

Vuelo de cuervos



Narrativa Hispánica

Erick Blandón
Guevara
Vuelo de cuervos

ALFAGUARA


SÍGUENOS EN

megustaleer



@Ebooks



@megustaleermex



@megustaleermex

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Un gran vuelo de cuervos mancha el azul celeste.

RUBÉN DARÍO

*... ya verá usted cuando la reina de Inglaterra se
dé cuenta de lo que nos están haciendo.*

INDÍGENA MISKITO, ANÓNIMO¹

- ¹ En Rivas, Álvaro. "Afinidad anglosajona de los miskitos". *La Universidad*. Julio-diciembre, 1994, pp. 18-25.

Yo iba como el jibarito, loco de contento, con el encargo de escribir la memoria. Dentro de mi cargamento llevaba el mensaje que el coronel Pulido le mandaba al subcomandante Mendiola. Todos los días revisaba la mochila para comprobar si siempre estaba allí, cosido en el doble fondo y protegido por un pedazo de plástico. Sabiéndome portador de un secreto militar jamás dejaba solas mis pertenencias. Aunque suponía su contenido, ignoraba por completo lo que decía el recado; pero el hecho de llevarlo conmigo me confería una importancia íntima que a ratos me convertía en el hombre más comprensivo de cada uno de los movimientos que ordenaba el mando. Como si tuviera alas en los pies, no sentía la aspereza del terreno que pisaba. Iba alerta. Trataba de notar los cambios que la naturaleza nos ofrecía con constancia. Los jardines, adheridos a los troncos y las ramas de los árboles, no los había visto tan hermosos ni olido tan fragantes. Me inventaba nuevos nombres acordes con la misión que me habían confiado. Escribir la crónica me parecía importante; pero más excitante era llevar una correspondencia que debía defender con la vida. El pseudónimo que mejor me hubiera calzado era Hermes. Sí, de ahora en adelante yo me llamaré a mí, Hermes. Lástima que no pueda decirle a los demás que no vuelvan a llamarme Laborío. El suelo alfombrado de flores como si una granada se hubiera abierto allá arriba. Las granadas de donde llovían los versos de Darío, las que derramaban poesía y flores al paso del Jesús del Triunfo. *Y los timbaleros que el paso acompañan con ritmos marciales... Tal pasan los fieros guerreros...* Una granada de fragmentación es lo único que se puede esperar aquí. El tiempo ten-

dré que aprovecharlo mejor. Si descansamos haré apuntes sinópticos. En la noche cuando paremos, antes de dormir, voy a ordenar las notas; y cuando llegue allá voy a empezar la redacción. Mi tarea ahora tiene una dimensión mercurial. Quién quita y, al llegar a donde voy, el tal subcomandante Mendiola dispone otra cosa. No Hermes, no; así se llamaba el más pendejo de mis compañeros del colegio.

El mando ordena hacer un alto. Sí, ya se convencieron de que estábamos perdidos. Siempre anduvimos perdidos. ¿O será que vamos a entrar en combate? *De qué se trata esta misión, político. Dígamelo nomás a mí.* En la noche Homero sintoniza Estéreo Revolución en su radio de nueve bandas, donde siempre suenan las canciones de los sesenta y setenta. Algunos nos juntamos para recordar. Nos ponemos románticos evocando los años de la universidad. *Apague ese radio, político, que me da cavanga.* Pero dejamos de oír el radio hasta las diez en punto cuando, cada noche, entre redobles y clarines, aparece la voz inflada de Artero diciendo: "Independientemente del lugar que como individuos ocupamos en la historia, no cabe duda de que esta revolución es obra del pueblo". Uno a uno nos vamos a nuestras respectivas hamacas y en los oídos resuena el anuncio del locutor solemne:

"Hablan nuestros dirigentes."

Un tarro de avena fue descubierto en la mochila de un soldado que, solitario, hacía su atol sobre el fogón. Se le obligó a compartir con todos. Digna lo amonestó con palabras muy gruesas por su espíritu individualista.

—Y a vos, Homero, el mando te ordena que me entregues el radio. Debe usarse en algo más útil que oír música imperialista.

—Estás loca y la cara que te ayuda. Si el mando necesita un radio, que lo pida a la jefatura.

—Así se habla, político —dijo un soldado en la oscuridad. Otra voz aflautada se hizo oír con sorna en la negrura del espacio:

—Que te compre uno el mando, Dignitá...

—Para qué estamos mandando, pues —murmuró otra voz anónima.

El silencio se impuso como una tormenta en las tinieblas. La sombra de la Digna se perdió en el estruendo apagado de la hojarasca húmeda. Su foco de mano trazó el rumbo de sus pasos que se dirigían hacia donde el mando tenía colgadas sus hamacas.

El obsoleto avión de carga comenzó a alzar vuelo y a dar tumbos. Sacudido por un incontenible temblor, Pinedita parecía atacado por el baile de San Vito. Estaba pálido y no podía hablar. Lloraba mientras otros lo sostenían. Inés del Monte y Juana de Arco le frotaban los brazos. Algunos reían burlonamente. Digna lo miraba con desprecio y condena. El aparato sobrevoló el lago y luego se enrumbó hacia el este. Nadie conocía su destino. Sólo les habían dicho que la misión era estratégica y peligrosa. Homero iba dormido en el piso del viejo avión militar. La noche anterior cada uno había tenido una fiesta de despedida. Los demás no parecían nerviosos. Manifestaban orgullo por haber tenido el privilegio de ser escogidos para probar que estaban dispuestos a llegar hasta el fin. Expiarían su culpa. Apolonia parecía pensativa, ajena a los comentarios de los otros, de vez en cuando lanzaba una mirada solidaria para indagarse cómo estaba Pinedita. Aún lo llevaban sostenido entre varios. Era su primer vuelo y la altura lo horrorizaba o ¿acaso flaqueaba? La brigada. No sabían cuánto tiempo debían estar lejos. No menos de dos meses ni más de seis, decían. Claro, había quienes estaban dispuestos a renunciar a todas las comodidades de la ciudad e ir a donde se les necesitara por el tiempo que fuera. Digna, la primera en procla-

mar su ilimitada entrega, le disputaba a Buenaventura el rol de vanguardia. Juana tampoco se quedaba atrás. Los demás, aunque dispuestos a todo, reflexionaban más, indagaban los objetivos y cuestionaban la efectividad de las directrices. *Les faltaba espíritu militante*. En una sencilla ceremonia en las instalaciones de la Fuerza Aérea, fueron exhortados a olvidar su condición de intelectuales, de técnicos o de profesionales. Irían al monte; algunas veces bajo el mando de oficiales iletrados y debían comportarse con humildad y obedecer las órdenes sin chistar. No estaba previsto que discutieran nada, por absurdo que les pareciera. Debían estar claros de que en esas condiciones su opinión no tendría ningún valor. Todo estaba concebido militarmente y los militares no deliberan, obedecen. Ésta sería la oportunidad para adquirir la experiencia armada que les hacía falta para estar a la altura de los héroes. Apolonia esperó a que Virgenza Fierro bajara del estrado desde donde había presidido la ceremonia para espetarle, a boca jarro, su resumen del acto:

—Para librarse de la gente que estorba no hace falta tanto bla, bla.

—A vos no se te halla la cagalera, Apo. Fuiste escogida para que esta brigada se educara con tu ejemplo. Así lo hemos explicado por todos los medios y todavía te quejás —Virgenza apartó la mirada dando tiempo a que su halago surtiera el efecto esperado en la vanidad de Apolonia.

—No me quejaría si no supiera que detrás de esta decisión está la mano pachona de Artero.

—No, niña. Cómo se te ocurre. ¿Vos creés que Desiderio y yo lo íbamos a permitir? —el tono de la voz de Virgenza era de camaradería, aunque no disimulaba su aire de superioridad.

—No comamos mierda —la encaró Apolonia—. Ustedes saben bien que él no puede verme ni en pintura.

—Yo no sé nada. ¿Y a qué se debe eso? —Virgenza hizo un mohín falsamente ingenuo.

—No te hagás la de a peso conmigo —protestó fastidiada Apolonia—. Bien sabés que desde antes del triunfo yo combatí sus desviaciones y abusos. Le estorbo. Por eso me empuja para afuera y no va a quedar contento hasta que me vea pisoteada, al final de la nomenclatura que ustedes se han construido.

Nerviosa, Virgenza se mordió las uñas de las dos manos.

—Y lo peor es que ustedes se lo están facilitando como una concesión graciosa, quién sabe en pago de qué —prosiguió Apolonia con la voz quebrada y temblándole la barbilla.

—Mejor andate ya y no seás tan mal pensada —Virgenza hizo una morisqueta—. Corré que sólo vos hacés falta en el avión.

—Sí, es mejor —dijo borrando la lágrima que resbalaba por su lavado rostro—. Te prometo no morirme —se sonrió—. Así tendrán Apolonia para mucho rato —dijo antes de salir corriendo hacia la pista donde ya rugían los motores del avión.

Andamos sin parar desde el alba hasta el atardecer. No hay caminos. Resbalando subimos las pendientes de los cerros. Nos hundimos en el barro. Unas veces agachados y otras llevando la carga colectiva. Siempre con nosotros va el fusil y la mochila. Nuestra meta es encontrar el río, pero ya llevamos días en el mismo afán sin poder salir de esta selva. Los chanes que nos guían dicen que por aquí es la cosa; pero a nosotros nos huele que andamos perdidos. Ya se nos acabó la ración de alimentos fríos. Los soldados mantienen en alto la moral. Les pica el dedo por hacer el primer disparo. Muchos ya perdieron la cuenta de las veces que nos hemos tendido en la noche a esperar a que se haga el sol. En silencio caminamos y en silencio nos dormimos. No debemos alertar al enemigo que, según dicen, anda cerca. Que llueva, que llueva, la virgen de la cueva. La

lluvia de los vientos alisios. ¡La pluviósela! Ayer avistamos un Cessna haciendo vuelos rasantes; pero no nos pudo ver por lo espeso de la jungla. *Estamos desamparados en el mundo hediondo, el aire se ríe de nosotros, el agua se ríe de nosotros.*

Inés del Monte y Juana de Arco estaban sentadas frente a frente sobre la hierba, a la orilla de la quebrada donde después de bañarse habían lavado sus ropas. Esperaban que se secaran sus camisas tendidas al sol. La visera de sus gorras les cubría hasta los ojos. Apolonia nadaba en la poza y Digna la esperaba tendida en una gran laja. Juana de Arco tenía su fusil M 16 entre las piernas y lo acariciaba con ternura, levantó la cabeza y quedó viendo hacia donde estaban las otras dos compañeras y, en voz baja, dijo:

—La Apolonia es una gran resentida.

—No deja de tener razón... —comentó distraída Inés del Monte.

—Pues sí... pero no es para tanto —condescendió Juana.

—Es arrecho que te traten como si esta mierda no te hubiera costado a vos —se tendió boca abajo Inés.

—Lo que pasa es que ella quisiera vivir de sus viejos laureles —gruñó Juana.

—Ej —protestó Inés—, vos sí que sos de a verga. Vivís hablando de sacrificio y heroísmo; pero considerarás envejecidos los laureles de quien se ha jodido luchando toda su vida.

—Es que ella piensa que porque estuvo no sé cuántas veces en prisión y porque al novio lo echaron a un volcán ya está libre de las nuevas obligaciones revolucionarias —repuso con desdén Juana de Arco.

—No hablés así, que la realidad te contradice. Si fuera cierto lo que estás diciendo, la Apolonia no estuviera aquí —dijo enojada Inés del Monte.

—Si está aquí es porque la mandaron a la fuerza; porque nadie la aguanta en la Casa de los Gavilanes criticando y haciéndole la vida imposible a los compañeros del Coro de Ángeles. Además —Juana golpeó el suelo con la culata del M 16—, ella se la voló chiche en el extranjero durante la insurrección mientras aquí mordíamos el leño.

—No sólo ella —respondió con ironía Inés del Monte—. ¿O acaso la Virgenza estuvo alguna vez dentro del país? Además, ella no andaba paseando. Allá la mandaron y allá fue; y si no hubiera sido por el trabajo del extranjero, aquí jamás hubiera llegado la pólvora y la plata para derrotar a la guardia.

—Bueno, por eso ahora tiene que empuñar el fusil, para cumplir la normativa de que los que no combatieron en la insurrección, tienen que combatir ahora. Así que se olvide de ese cuento de que está aquí por una jugada de Artero y del Coro de Ángeles para deshacerse de ella —sostuvo con autosuficiencia Juana de Arco.

—Montones hay que no hicieron ni mierda antes y que ahora se dan la gran vida mandando y jamás van a venir al monte —repuso airada Inés—. Ésa es la gente que se queda en Managua protegida como en un estuche.

—En esta revolución no hay privilegios. Mencíname a alguien que vos conozcás que esté exento de esta ley —la desafió Juana.

—Nomás comenzá por el Coro de Ángeles y sus alrededores, las esposas de los comandantes y los llamados cuadros estratégicos —ripostó con sorna Inés del Monte—. Ahí tenés a la Virgenza Fierro, que toda su vida se la ha pasado arrimada a las costillas de Desiderio. Ella te echa a los leones, pero nunca se incluye para ninguna misión anónima o de peligro.

—Vos sos extremista. ¿Cómo va a abandonar la mujer sus enormes responsabilidades al frente del trabajo cultural y de las relaciones con la Iglesia? —se impacientó Juana.

—Dejémonos de mierdas —gritó Inés del Monte—, lo que en los poderosos se justifica como enorme responsabilidad, en otros se tacha de flojera o debilidad. Lo cierto es que esta revolución a unos les cuesta sangre y otros se empalagan con su miel... Además, quién ignora que la Virgenza y Desiderio se han propuesto sustituir a la militancia histórica por gente corrupta y sin trayectoria revolucionaria, que es la que se ha encaramado en las posiciones de poder para enriquecerse.

—... Niñá, mejor doblemos la hoja —la interrumpió Juana de Arco—. Vos ya estás igualita a la Apolonia.

—Pues doblémosla, porque con vos no se puede platicar si uno no se subordina a tus criterios —Inés del Monte se dio vuelta y quedó de espalda a Juana de Arco, que tiró de su gorra, se puso de pie y gritó con la voz golpeada para que la oyeran Apolonia y Digna.

—Hey... Apolonia salí del agua que te vas a hacer sirena; y vos, bajo el sol —se dirigió a Digna—, cuidado te volvés iguana.

—¿Cuál es tu malacrianza? Ya vamos —respondió sorprendida Apolonia—, espérennos nada más un momentito. ¿Inés —gritó— qué le diste a la Juana que parece picada de alacrán?

Digna y Apolonia se unieron a las otras dos y Juana de Arco con cara de muy pocos amigos dijo:

—¡Apurémonos que se nos hace tarde...! —caminaron en fila india; pero Juana de Arco se adelantó, alejándose bastante de las otras tres.

Los jueves en el Hongo Jack se arma el gran relajo. *Sin saima sin mai ló*. Nosotros venimos para salir del aburrimiento de Kambla donde nos tienen confinados practicando soldado a la defensa y emboscadas. *Tululu pasa*. Apenas Dios amanece, nos llevan al campo de bravura a correr, hacer lagartijas, sentadillas, abdominales y simulacros. Co-

me down brother Willy come down. Desde que sacamos a la gente de río abajo y río arriba, nos tienen en ese encierro de la gran puta. *Tululu pasa.* En el Hongo Jack bebemos y bromeamos. El mayor paga la cuenta, porque es amigo de varios de nosotros. Los soldados bailan en la pista. *Sin sai-ma sin mai ló.* Ahí se matan bailando solos recordando a sus chavalas. *Palo de Mayo, mi hermano, para bailar bien rico; ya no sabe, pues.* Bebemos cerveza y Juana de Arco y Digna esperan que Narciso Pavón las mire; aunque los ojos verdes del teniente Zarco centelleen de celos por Juana. Pinedita se ríe de medio mundo, cuenta chistes, le mienta la madre a todos y se burla de la seriedad de Narciso a quien, disimuladamente, le dice “Carepiña”, cuando pasa a su lado. Buenaventura anota el irrespeto.

—Ese lambisco es un come santos caga diablos —comenta Homero refiriéndose a Buenaventura—. Dice que va a pedir que lo dejen aquí, rogando a Dios que no le hagan caso.

Los soldados, de su escasa paga, nos regalan cigarrillos Alas, sin filtro y enrollados en pésimo papel. Todo el tabaco se te pega en los labios.

—Este hijueputa bloqueo gringo —murmura entre dientes Homero aludiendo al embargo económico impuesto por Estados Unidos, mientras enciende un cigarrillo Alas.

—A-las-que-he-mos-lle-ga-do —silabea Pinedita y sorbe un cigarrillo Alas sosteniéndolo con dificultad entre sus labios tapizados de picadillo de tabaco.

Los zapatos relucientes y el verdeolivo satinado del uniforme de Narciso Pavón aparecen en el umbral. La pista está alumbrada con la sicodélica luz negra y los reflejos cuadrados de la bola giratoria que se estrellan contra los rostros en el vértigo de ruido y luces. *Come down brother Willy come down.* Las dentaduras blanqueadas, los ojos vidriosos. Parecemos más negros. La música deja de sonar. Se encienden las luces normales y todo el mundo se pone de pie. Inmóviles el *bartender* y los meseros. De pie el *disc-*